

Regina María

*Tal parece
que todos los diálogos de los poetas se han fraguado
en la angostura de tu azotea.
Las confidencias
en pareados asonantes y vigiladas por el sol
se amontonan en los aleros de la calle Ánimas.
Su iridiscencia se esparce en la tristeza
de esta ciudad
erguida en el riesgo inevitable.
Es nuestro lugar imprescindible:
la provincia
de los dioses que tocan flautas bífidas
y guardan bajo la lengua verbo y eucaristía.
Donde se lee a la hora de los apagones.
Donde se escribe entre garras y entre orejas.
El misterioso nido de ciclones, según Dulce María.
La tierra inflamada,
que como Ovidio en el Mar Negro
amamos como a la muerte.
Donde un Homero ciego adivina
los dedos de rosa de la aurora en las tinieblas.
Tú y las tejas como guardianes del poema.
Tú y la humildad desaforada
de esa insistencia en el geranio azul del verso
y el furor de los que nada esperan.
Para los que habitamos paisajes extranjeros
y sucumbimos
a la discordia enmascarada y al alarde seductor
para nosotros
la poesía es otra suerte de asidero:
carreta tráfuga
espigón suicida página ilegible.
Nuestras rajadas vestiduras no encuentran más albergue
que la negación de lo que somos.
Tú, sin embargo, has trazado
la coherencia estelar de las palabra.*

*La ocasión para recordar el pleonasmo de Lezama
y su alucinado decir que «nuestra isla
comenzó su historia dentro de la poesía»,
situándola bajo el signo de Heródoto,
arrancándonos de la cólera de Dios.
De las alabanzas sordas
y la cuerda de las adivinaciones.
De los ídolos que hemos sabido conservar
de la delación y de la imagen,
de las antiguas prohibiciones de la carne.
Tú permaneces en tu azotea,
como la última creyente en las viejas utopías.*